

¿EL FINAL DE LA UTOPIA?

Carlos Rojas Osorio
Catedrático-Departamento de Humanidades
UPR-Humacao

Resumen

En el contexto de la crisis del socialismo y la emergencia -muchas veces conservadora- de los posicionamientos postmodernistas, este texto cuestiona las presunciones que, en la actualidad, garantizan el final de la utopía. Para ello elabora un recorrido histórico y discute las posturas de aquellos autores (filósofos, teóricos y novelistas) que han abordado, desde distintas perspectivas, este fenómeno político y social. Entendida como búsqueda y superación, este ensayo apuesta por un sentido de utopía marcado por una apertura de despunte auroral.

Palabras clave: utopía, modernidad, postmodernidad, fin de la historia, Latinoamérica

Abstract

In the context of the crisis of socialism and the often-conservative emergence of postmodernist positions, this text questions the presumptions that guarantee the end of utopia. For this, it elaborates a historical review and discusses the positions of those authors (philosophers, theoreticians and novelists) who have approached, from different perspectives, this political and social phenomenon. Understood as a search and improvement, this essay bets on a sense of utopia marked by an opening of nascent bluntness.

Key words: utopia, modernity, postmodernity, end of history, Latin America

Se puede trazar un arco, o una parábola, entre la *Utopía* de Tomás Moro y *El fin de la utopía* de Herbert Marcuse; el primero designa el comienzo del género utópico y el segundo el término del mismo. La utopía sería, pues, algo muy moderno que en la posmodernidad habría llegado a buen término, a su agotamiento. El ocaso del socialismo real habría llevado tanto al “final de la historia” como al final de la utopía. Horacio Cerutti Gulberg cita unas expresiones de Gianni Vattimo en las que el conocido filósofo italiano posmoderno declara que uno de sus libros ha sido

calificado de “apología de la sociedad existente, pasiva aceptación de las cosas, desprovisto de todo alcance crítico y de toda dimensión utópica”. No se sabe, acota Cerutti Gulberg, si lo que está proclamando Vattimo es una ingeniería social a la manera de Karl Popper o el final de la historia en la interpretación que Francis Fukuyama hace de Hegel.

El literato mexicano Jorge Volpi escribió la novela *El fin de la locura*. Esa locura que llega a su fin es la utopía, la revolución socialista. La utopía de la

revolución es cosa del pasado, pues toda revolución implica locura. Volpi desarrolla una crítica posmoderna a la revolución. Otro pontífice del posmodernismo, Lyotard, le hace decir a Kant que el entusiasmo por la revolución es una locura. En realidad, Kant había dicho que el entusiasmo por la revolución es un signo de progreso moral de la humanidad. Volpi arremete contra la revolución estructuralista de Althusser, la revolución chilena de Salvador Allende, la revolución de Chiapas en México, la revolución cubana de Fidel Castro. Es decir, contra todas las revoluciones. En Italia llaman a los revolucionarios marxistas “dinosaurios”; Volpi los denomina “locos”.

Cerutti cita también a Enzensberger como testimonio de la idea del final de la utopía. “En su momento cumbre, esta forma de pensamiento produjo una serie de bocetos sociales que estaban fantásticamente elaborados hasta el más mínimo detalle. En estos modelos tan perfectamente elaborados, la vida estaba óptimamente regulada, desde la procreación hasta la muerte, como si la felicidad humana se pudiera poner en marcha con la precisión de un instrumento de relojería -una idea que tendría que resultar arrebatadora para todos los adoradores de la estabilidad. Que esta forma de pensar trajo a sus consecuencias, debería saberse ya hace tiempo. Su exportación a las partes más remotas de la Tierra constituye una de las consecuencias más arrasadoras de la cultura europea”. Cerutti comenta que para Enzensberger la utopía habría finiquitado por cumplimiento. Se habría cumplido el fenecimiento del Estado, el internacionalismo y la igualdad. La utopía habría sido, afirma Enzensberger, un “invento occidental muy peligroso”.

Reflexionemos, pues, sobre estos asuntos que ponen en juego la esperanza y la desesperanza de los seres humanos en

circunstancias diferentes. ¿Qué significa utopía? ¿Qué es el género utópico? Y, sobre todo, ¿es posible afirmar sin más que hemos llegado al final de la utopía?

¿Qué significa, pues, el título de la obra de Tomás Moro? Tomás Moro relanzó la cuestión de la utopía a partir de su creación terminológica y supuestamente etimológica: *ouk/topos*, no lugar, o “no hay lugar” como reza la aguda traducción de Quevedo. Hay quienes han pensado en un error tipográfico inicial, el cual habría marcado para la posteridad la trayectoria del término. Habría sido, *eu-topos*, mundo feliz, desde el comienzo. Lo primero que hay que descartar es el significado vulgar de utopía como una quimera, como un sueño imposible de realizar. En realidad, lo utópico alude a una dimensión social, la dimensión de lo simbólico y de lo imaginario; es decir, una perspectiva que se califica de “horizonte utópico”: es lo imaginario deseable, el idealismo de los ideales anhelados y casi siempre postergados. La utopía es, pues, obra de la imaginación humana. El sueño diurno es una experiencia que pareciera connatural al humano y que incluye un ejercicio fuerte de la imaginación: pero la imaginación no trabaja en el vacío, sino a partir de una trama de elementos compartidos por el grupo social. A los seres humanos no les basta la mera percepción de las cosas, la mera adaptación pasiva a ellas, necesita del imaginario social. Sueño y vigilia se potencian mutuamente en uno de los complejos de manifestaciones más potentes de la vida humana. Aunque los discursos utópicos saltan la historia para ubicarse en un no lugar puesto por la imaginación dichos discursos surgen, sin embargo, en condiciones históricas determinadas. La utopía tiene sus *topos*, su lugar de emergencia puesto que apunta a una crítica social de una sociedad determinada. Así *La utopía* de Tomás Moro apunta a ser testimonio de la destrucción de la pequeña

propiedad -especialmente del ganado lanar- que es destruida en ese momento, o sea, en el inicio del capitalismo y como fin del feudalismo; como bien señala Marx. El espacio social es histórico. La utopía tiene siempre múltiples raíces históricas. La utopía refleja y proyecta. Representa críticamente la sociedad desde donde emerge, denuncia sus males a la vez que ofrece perspectivas de liberación. Platón muestra la degeneración progresiva de los regímenes políticos: aristocracia, timocracia, oligarquía, democracia y tiranía. Son “las calamidades de la tierra” que él se propone resolver mediante un estado dirigido por el filósofo. Moro y Campanella muestran los males que se sucedieron en el proceso que va del feudalismo al inicio del capitalismo. Como escribe Tomás Moro: “Dondequiera que exista la propiedad privada y se mida todo por el dinero, será difícil lograr que el Estado obre justa y acertadamente”. La utopía, a la vez que cuestiona críticamente la sociedad vigente, incita a una realidad más plena. Pero en el esfuerzo de realización la utopía se queda corta. En ese esfuerzo de realización, aclara Cerutti, pasamos de un saber profético a un conocimiento científico. No podemos negarnos el derecho de soñar nuestro propio futuro.

Es bueno aclarar además lo que significa el término *género utópico*: se constituye con características estructurales típicas hasta nuestros días con ocasión del llamado “descubrimiento” de América y, sobre todo, de lo que este descubrimiento difunde como tipicidad americana en Europa. Esta tipicidad americana quiere decir lo que los europeos que vinieron quisieron o creyeron ver. Cerutti afirma sobre el género utópico: “Propongo entender una obra de autor individual, el cual generalmente es integrante de la *intelligentsia* de una sociedad. La ambigüedad [...] caracteriza a este género

que no es exclusivamente filosófico ni literario, pero que pone en cuestión la historia entera de la filosofía mundial y también el imaginario plasmado en la libertad”. (1991: 101) En otro texto dirige la mirada hasta Grecia y la dramaturgia en que tiene sus antecedentes la utopía, pero que resurge en el Renacimiento europeo ligado a los orígenes del capitalismo. El género utópico constituye una crítica de la ideología dominante. Su estructura está integrada por dos momentos: el momento de la crítica y el momento de la propuesta, que a su vez incluye medios y fines. La utopía -quizás es la definición más rigurosa que pueda darse- es un cuadro, una pintura ejecutada mediante el discurso.

Como acabamos de ver, se puede distinguir dos momentos en el discurso utópico: la crítica y la propuesta. Utopía no es equivalente a irracionalidad, sino búsqueda de una nueva totalización social, superadora e integradora de las totalizaciones enquistadas vigentes. Su accionar social es típicamente dialéctico; de una dialéctica que enfatiza más el momento de la ruptura que el de la nueva totalización.

La utopía se inserta en la historia para la crítica de la sociedad vigente, pero se construye desde unos supuestos axiológicos e ideológicos. Lo utópico es operante en la historia. Y es operante en la historia porque: “Constituye un horizonte axiológico que opera al interior de la ideología. De la ideología que conforma un proyecto político. El proyecto que pretenda y consiga modificar la estructura institucional sustentante del poder en una sociedad dada será un proyecto revolucionario. Así, no solo la utopía no es lo opuesto a la revolución, sino que trabaja en su seno como un revulsivo de alto poder. Mística y teoría, imaginación y razón se reencuentran en una tensión fecunda”. (50)

Pero no siempre la utopía tiene una visión revolucionaria. En muchos casos es conservadora. Uno de los grandes utopistas, Ernest Bloch, las denomina contrautopías. Y Cerutti nos explica: “Lo utópico no es garantía de revolucionaridad. Es más, históricamente ha cumplido generalmente el papel de un agente contrarrevolucionario. La manipulación de los deseos humanos para bloquear su posibilidad. De realizarlos, es un ingrediente cotidiano de la práctica política de los sectores dominantes”. (50) También Michel Foucault diferenció entre utopías revolucionarias y reaccionarias. “Los historiadores de las ideas atribuyen fácilmente a los filósofos y a los juristas del siglo XVIII el sueño de una sociedad perfecta; pero ha habido también el sueño militar de la sociedad; su referencia fundamental se hallaba no en el estado de naturaleza, sino en los engranajes cuidadosamente subordinados de una máquina, no en el contrato primitivo, sino en la educación y formación indefinidamente progresivas, no en la voluntad general, sino en la docilidad automática”. Foucault se refiere al famoso panóptico ideado por Jeremy Bentham.

Existe también la crítica de Cervantes a la utopía. Don Quijote es presentado por Cervantes como un personaje de otros tiempos, del período de los caballeros andantes, con ideales muy altos, pero que son defendidos por un personaje loco. Hay una contradicción entre el autor Cervantes y el personaje Don Quijote. Cervantes construye esta utopía “quijotesca” para mostrar su completa esterilidad e ineficacia en los tiempos modernos. *El Quijote* es la contra-utopía de una utopía de evasión vivida por Don Quijote que, por ser tal, es una pseudo-utopía. Es preciso hacer referencia al libro de José Antonio Maravall donde se analiza la utopía y la contrautopía de *El Quijote*. “La utopía evasiva que

representan las andanzas del hidalgo manchego no se identifica con la actitud crítica y a veces cruelmente burlona de Cervantes en la contra-utopía de *El Quijote*.

Arturo Andrés Roig reitera el carácter estructural de la función utópica en la experiencia humana. “No tiene ningún sentido hablar del fin o muerte de la utopía, en tanto que la función utópica sería constitutiva de la experiencia humana y, por lo tanto ineludible”. Roig distingue varias dimensiones de la función utópica. Primero, una función crítica-reguladora. Segundo, una función liberadora. Tercero, una función de anticipación del futuro. Finalmente, una función de ruptura con el tiempo mítico. La crítica es una dimensión de la utopía que cuestiona el presente y nos proyecta sobre un futuro posible. Aquí el pensar surge como un canto de la aurora en lugar de ser el relato vespertino del búho de Minerva del discurso hegeliano. El canto de la aurora es un órgano en función de lo nuevo, no un pensar vespertino. Escribe Roig: “El utopismo no muere con los utopistas, porque es función normal del pensar humano” (Citado en: Cerutti, 2009: 127). De hecho no solo el pensar utópico debe ser auroral, sino que también debe serlo la filosofía latinoamericana.

Es necesario traer a la memoria histórica el pensamiento utópico de muchos de los pensadores de Nuestra América. Debe ser retomado el proyecto de los libertadores hacia una auténtica liberación. Pensando en José Martí, escribe Cerutti: “Nada hay más utópico que la designación de ‘Nuestra América’ a esta parte del continente, todavía no nuestra, pero que ya anuncia un mundo, soñado. Estos sueños diurnos van organizando el camino, la ruta de la transformación ineludible de la realidad en pro de justicia, solidaridad, humanidad”. Martí habla y escribe desde una situación real que bien conoce. “No por nada hablaba

Martí desde la experiencia que le había supuesto vivir, o mejor cabría decir sobrevivir, en las entrañas del monstruo...”.

Asimismo, Simón Bolívar pensó y actuó siempre en función de la utopía de una América Latina y caribeña tal que formase una sola entidad unitaria. En este sentido, es claro que, si bien Bolívar no escribió una utopía al estilo de Moro, laboró incansablemente por una utopía mucho más maravillosa y deseable: la unidad de nuestra América. Magna utopía en cuya búsqueda tantos lo acompañaron y lo acompañan. Para Bolívar no se trataba de resolver contradicciones, sino de hacer de la patria grande de Nuestra América una organización donde fuera viable para nosotros la libertad. El pensar de Bolívar surge de la realidad presente, no de un pensar transhistórico. “Son principios surgidos de un anhelo presente, de una carencia en el pasado y en el presente y de su afirmación como necesidades futuras” (Cerutti, 2007: 122). El proyecto de Bolívar es de unidad latinoamericana, de libertad y de paz. Aunque en momentos de crítica, debilidad y desasosiego, Bolívar tuvo que recurrir a la religión, su verdadera religión fue otra. “Creo que para Bolívar la única ‘religión’, los únicos principios morales eran los conducentes a la realización de su sueño utópico” (2007: 125). En efecto, “antes cuando el sueño utópico seguía factible ante sus ojos no necesitaba de religión como base para su moral” (126). El sueño del Libertador “renace con Martí, para quien Bolívar tiene mucho que hacer entre nosotros, porque lo que él no hizo está todavía por hacer” (128). Y, más tarde, Augusto César Sandino “pugnaré por la realización del sueño de Bolívar desde Nicaragua y para toda nuestra América” (128). La lección que se deduce de la enseñanza y la experiencia de Bolívar es que es válido afirmar que la utopía supone una moral y que cuando el esfuerzo por construir

y posibilitar la utopía decae, no hay ética humanista que se sustente. En definitiva, de lo que se trata es de “construir una hegemonía donde desempeñen un papel decisivo las clases subalternas”.

Es preciso hacer referencia a los estudios de Adriana Arpini sobre el puertorriqueño Eugenio María de Hostos y la dimensión utópica de su pensamiento. Escribe Arpini: “La utopía como una forma de producción simbólica del discurso, inserta en una determinada situación sociohistórica, respecto de la cual cumple la función básica de ruptura-apertura, en la medida que trabaja sobre el presente, en constante tensión hacia el futuro, explorando y anticipando dialécticamente lo ‘otro’ posible, y presionando sobre los límites de lo imposible relativo de cada época”.

No hay motivo para renunciar a la utopía. No hay razón para hacerle caso a quienes decretan la muerte de la historia y la muerte de la utopía. Hace falta un humanismo utópico que nos proyecte hacia la emergencia de futuros alternos.

Asimismo, hay que resaltar la figura de Pedro Henríquez Ureña y su *Utopía de América*. Mucho antes de que los posmodernos decretasen el fin de la utopía, ya el dominicano universal había advertido que la utopía nunca muere, sino que se renueva, y en los períodos críticos surge con mayor énfasis. “La visión de la utopía en Don Pedro no es la de un *topos* de la utopía europea. Es la de la justificación histórico social de esta América como tierra e historia donde y por la cual se realizan la justicia, la libertad, sea quien sea el sujeto individual y la geografía en que se las haya soñado”. (Cerutti 1991: 39)

Piensa Cerutti Gulberg, con razón, que hoy vivimos una “pérdida de horizonte

de la política” y una crisis de la democracia representativa y hasta una crisis de la idea de emancipación. Pero es necesario pensar la política como democracia, y no como una mera función o una técnica. “La democracia tiene una función utópica porque se asocia con las aspiraciones de la justicia, igualdad, libertad, soberanía, equidad, participación, solidaridad, tolerancia, etc.”. En la actualidad pensar la política podría ser una utopía ingenua o también la mismísima utopía, “porque si es pensada en sus raíces nos lleva a su interior, a encontrar su dimensión utópica”. (Cerutti Gulberg, 2003: 73) La fuerza de la política democrática no deja de tener una dimensión utópica. “Esta dimensión utópica de la democracia es la idea-fuerza a partir de la cual se han dado las luchas sociales por las que se busca superar las inconsistencias y contradicciones, entre los postulados normativos de la democracia y sus limitaciones”. (2003: 53)

En el filósofo alemán Karl Kerényi hay un análisis del sentido de lo utópico. La conclusión de su análisis es la que sigue: “Lo utópico aparece caracterizado como lo deseado inasequible e ilimitado, a la vez que racional y no divino ni religioso, sino humano, humanista, como utopía, siempre sola-mente deseado y, por tanto, imposible” (Cerutti 2007: 196). La tesis de la imposibilidad de la utopía aparece también en el famoso libro de Franz Hinkelammert, *Crítica de la razón utópica*. Este autor, alemán residenciado en Costa Rica, aplica la tesis de la imposibilidad de la utopía a la idea marxista de la sociedad sin clases, sin explotación. Y formula dicha tesis en forma de paradoja: “Solo declarando imposible la sociedad sin clases, llega a tener sentido la lucha contra la sociedad sin clases”. (Citado en Cerutti, 2007: 198) También Cerutti está, pues, bien consciente de la imposibilidad de la utopía, y por eso afirma: “Por

consiguiente, la ilusión de poder realizar sociedades perfectas, es una ilusión trascendental que distorsiona el realismo político. Tal ilusión trascendental se supera únicamente por una crítica que revele el carácter trascendental de los conceptos de perfección, pero sin pretender renunciar a ellos”. (2007: 206) La utopía es un horizonte que siempre está desplazándose, que está fluyendo, pero que nunca se detiene. Por ello es “un realismo político verdadero, aquel que demanda lo imposible”. (2007: 207)

La tesis de *El final de la utopía* de Herbert Marcuse en realidad no apunta a lo que la literalidad del término indica, sino muy al contrario, que por fin la utopía comienza a realizarse. “El desarrollo de las fuerzas productivas ha alcanzado tal nivel que en la actualidad la idea de erradicar el hambre y la miseria en el mundo no es ningún sueño utópico. Como no lo es pensar que pueda transformarse la naturaleza del trabajo alienado en trabajo verdaderamente creador. De ahí, pues, “El final de la utopía”, en el sentido de que las nuevas posibilidades de una sociedad humana y de su modo circundante no son ya imaginables como continuación de las viejas, no pueden representar el mismo continuo histórico, presuponen una ruptura precisamente con el continuo histórico, presuponen la diferencia cualitativa entre una sociedad libre y las actuales sociedades no-libres, la diferencia que, según Marx, hace de toda la historia transcurrida, la prehistoria de la humanidad”. (Marcuse, 1986, IV)

El final de la utopía es un tema recurrente en la actualidad tanto por la crisis del socialismo real como por las consecuencias ideológicas que el posmodernismo ha deducido de dicha crisis. Sobre todo, el pensamiento conservador ha sacado fruto tanto de la crisis del socialismo

como de la ideología posmodernista. Corresponde al pensar y al actuar de la izquierda asumir los retos del presente y del futuro y no recaer en el discurso del búho de Minerva, sino vislumbrar un nuevo amanecer. Horacio Cerutti Guldberg y Arturo Andrés Roig -y muchos otros- abren nuevos senderos para que podamos pensar y actuar en el horizonte utópico sin olvidar que el horizonte se mueve en la misma medida en que la historia deviene. Cerutti y Roig plantean la permanente actualidad de la utopía emancipatoria. Tenemos el derecho a pensar y trabajar por un futuro alterno, por la liberación de las lacras del presente.

Característica fundamental de ambos filósofos es que piensan, escriben y actúan desde la filosofía latinoamericana. Unen en un solo esfuerzo el horizonte utópico y el pensar desde Nuestra América. Invocan a nuestros libertadores para que iluminen los mejores senderos a seguir. Todos aquellos que queramos mantener viva la llama de la esperanza debemos agradecer y recoger de buen talante la fecunda enseñanza de estos maestros nuestros. Porque no hay futuro sin esperanza; y no hay esperanza sin horizonte utópico. El lugar de la utopía es el horizonte siempre abierto de las esperanzas humanas.

NOTAS

ⁱ Gianni Vattimo, *La sociedad transparente*, 1990, p. 71, citado en Horacio Cerutti Guldberg, *Presagio y tópica del descubrimiento*, México, UNAM, 1991, p. 117.

ⁱⁱ Hans Magnus Enzenberger, “Un apéndice a la utopía», en: «La jornada semanal, México, nueva época, núm. 84, 20 de enero 1991, p. 24. Citado en Cerutti Guldberg, *Presagio y tópica del descubrimiento*, 1991, p. 115

ⁱⁱⁱ Carlos Marx, *La acumulación originaria del capital*, México, Grijalbo, 1969, p. 57.

^{iv} Tomás Moro, *Utopía*, en *Utopías del Renacimiento*, México, FCE., 1975, p. 71.

^v Horacio Cerutti Guldberg, *La Utopía de Nuestra América, (De Varia Utopica. Ensayos de utopía III)*, Heredia, EUNA, 2007, p. 55.

^{vi} Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI, 1981, 6ª. Edición, p. 152.

^{vii} Horacio Cerutti Guldberg, *Filosofando y con el mazo dando*, México, Biblioteca Nueva Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2009, p. 127.

^{viii} Horacio Cerutti Guldberg, “Teología y filosofía latinoamericana. ¿Pensamiento para la liberación?, *Cuadernos Americanos*, México, Nueva Época, Núm. 1, enero/febrero de 1987, p. 68.

^{ix} Horacio Cerutti Guldberg, *Utopía de Nuestra América*, Heredia, Cuadernos Prometeo, 2007, p. 70.

^x Adriana Arpini, *Hostos, un hacedor de libertad*, Mendoza, EDIUNC, 2002, p. 107.

^{xi} Horacio Cerutti Guldberg (con Mario Magallón Anaya), *Historia de las ideas latinoamericanas ¿disciplina fenecida*, México, Casa Juan Pablos. Universidad de la Ciudad de México, 2003, p. 74.

Bibliografía

- Arpini, Adriana. *Hostos, un hacedor de libertad*. Mendoza: EDIUNC: 2002.
- Biagini, Hugo y Roig, Arturo A. *Diccionario del pensamiento alternativo*. Buenos Aires: Biblos, 2008. (La entrada *resistencia* está a cargo de Horacio Cerutti Guldberg.)
- Bloch, Ernest. *El principio esperanza*. Madrid: Aguilar, 1971.
- Cerutti Guldberg, Horacio. “Teología y filosofía latinoamericana. ¿Pensamiento para la Liberación?” *Cuadernos Americanos*. México, Nueva Época, Núm. 1, enero/febrero de 1987.
- _____. *Presagio y tópica del descubrimiento*. México: UNAM, 1991.

- _____. (con Mario Magallón Anaya). *Historia de las ideas latinoamericanas ¿disciplina fenecida?* México, Casa Juan Pablos. Universidad de la Ciudad de México, 2003.
- _____. *La utopía de nuestra América, (De Varia utópica III)*. Heredia, Editorial de la Universidad Nacional, 2007.
- _____. *Filosofando y con el mazo dando*, México, Biblioteca Nueva Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2009.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI, 1981.
- Hinkelammert, Franz. *Crítica de la razón utópica*. San José (Costa Rica): Departamento de Estudios Ecuménicos, 1984.
- Jalif de Bertranou, Alicia (comp.). *Semillas en el tiempo. El latinoamericanismo*. Argentina: Universidad Nacional de Cuyo, 2001.
- Maravall, José Antonio. *Utopía y contrautopía en El Quijote*. Santiago de Compostela: Pico Sacro, 1976.
- Marcuse, Herbert. *El final de la utopía*. Barcelona: Planeta, 1986.
- Marx, Carlos. *La acumulación originaria del capital*. México: Grijalbo, 1969. Morin, Edgar y otros. *Crítica de la utopía*. México: UNAM, 1971.
- Moro, Tomás. “Utopía”, en *Utopías del Renacimiento*. México: FCE., 1975.
- Neusüss, Arnhelm (editor), *Utopía*. Barcelona: Barral. 1971. (Esta obra contiene una bibliografía de más de 700 entradas acerca de la utopía).
- Ramírez Fierro, María del Rayo y Roberto Cruz Gustavo. “Horacio Cerutti Guldberg”, en Dussel, Enrique; Mendieta, Eduardo y Bohórquez, Carmen, *El pensamiento filosófico latinoamericano, caribeño y latino*. México: Siglo XXI, 2009.
- Rojas Osorio, Carlos. “Utopía e historicidad”. *Deminán*, Ponce, Vol 1. Núm 1., 1986.
- Vattimo, Gianni. *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós, 1990.
- Volpi, Jorge. *El fin de la locura*. Barcelona: Seix Barral, 2003.